

¿De qué servirá dejar á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? De poner la espada en manos de un furioso. A un hijo mal criado ¿qué honra le dará el mas rico patrimonio? La herencia mas preciosa que se puede dejar á un hijo es la de una buena educacion.

¡O Señor! ¡cuantas acusaciones, cuantos remordimientos descubro en mi corazon á la luz de estas reflexiones que acabo de hacer! ¡qué de descuidos ya con mis hijos, ya con mis criados, ya con mis súbditos, ya con todos aquellos que vos pusisteis á mi cargo! Dadme tiempo, Señor, y dadme gracia para reparar una negligencia tan culpable con una vigilancia ejemplar y cuidadosa.

JACULATORIAS.—Perdonadme, Señor, los pecados personales que no conozco, y los que siendo ajenos, hice propios, por haberlos ocasionado mi descuido. (*Ps. 18.*)

Hacedme bueno, Señor, para que yo pueda hacer tales á los que vos pusisteis á mi cargo. (*3. Reg. 3.*)

PROPOSITOS.

Si á los niños se les criara en los principios y máximas de la religion; si el padre, la madre, y aquellos que los tienen á su cargo, cumplieran con esta obligacion; si se les inclinara á la piedad desde sus mas tiernos años, creceria con la edad el horror al vicio, y seria en ellos como natural el amor á la virtud. ¿Pero qué es lo que se suele aplaudir en los niños? ¿y qué es lo que comunmente celebra una madre indiscreta en una hija suya de corta edad? ¿la modestia? ¿la inclinacion á la virtud? ¿el horror al pecado? ¿unos ciertos asomos de piedad y de devocion? Estos debieran ser los frutos de sus primeras instrucciones. ¡Pero, ah! que acaso se dan lecciones muy contrarias á aquellas inocentes plantas, ó á lo menos ejemplos perniciosos de donde ellas las aprenden. Celébrase cierto despejo, cierta vivacidad anticipada en los niños y en las niñas; celébranse unos ofrecimientos, ó prontitudes atrevidas; celébrase no sé qué airecillo de vanidad, de orgullo y de propia satisfaccion; unos modales desembarazados y demasadamente libres; una cierta desenvoltura, que toca á la raya del descaro, y un gusto fino y delicado á todo lo que sabe al mundo; y apláudese el talle, la voz, la agilidad para la danza; alábanse las galas, las diversiones y las profanidades; y si tal vez se dan algunas lecciones de piedad ó de devocion, y esas muy secas, son únicamente á aquellos hijos á

quienes se les destina para la Iglesia, ó para el claustro, siendo así que duran mucho las primeras impresiones, y que las primeras lecciones con dificultad se borran; por tanto sean siempre cristianas todas las que des á tus hijos, procurando acompañarlas con dulzura y con insinuacion; pero desviándote cuidadosamente de cierta ternura escesiva, de cierta demasiada condescendencia, no menos perniciosa á los niños, que el escesivo rigor, ó nimia severidad. Nunca se reprende con fruto cuando se reprende con pasion; la destemplanza ó el furor del padre y de la madre son comunmente mas reprehensibles, que la falta del hijo que se pretende corregir. Y al contrario, una correccion seria, pero sosegada, rara vez se hace sin fruto. Tal vez hay algunas correcciones mudas, que son aun mas eficaces. Y en fin siempre se ha de cuidar, que en la correccion entre algun motivo de religion y de piedad.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCOS Y MARCELIANO, hermanos, en Roma en la via Ardeatina; á los cuales en la persecucion de Diocleciano, prendió el juez Fabiano, y los mandó amarrar á un tronco y atravesarles los pies con clavos agudos; pero como no cesasen de alabar á Jesucristo, les pasaron los costados con una lanza, y triunfantes con la gloria de este martirio volaron al reino celestial. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES CIRIACO Y PAULA, virgen, en Málaga en España; los cuales siendo apedreados entregaron sus almas al Criador. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN LEONCIO, soldado, en Tripoli de Fenicia; el cual por mandato del prefecto Adriano, padeció crueles tormentos y consiguió la palma de mártir juntamente con IPACIO, tribuno, y TEODULO, convertidos á Jesucristo por él mismo.

SAN ETERIO, mártir, en el mismo dia; quien durante la persecucion de Diocleciano, despues de haber sufrido fuego y otros tormentos, fué degollado.

EL MARTIRIO DE SANTA MARINA, virgen, en Alejandria. (*Véase su noticia en las de este dia.*)

SAN AMANDO, obispo y confesor, en Burdeos.

SAN CALOGERO, ermitaño, en Sacca en Sicilia; cuya santidad resplandece especialmente en librar á los energúmenos.

SANTA ISABEL, virgen, en Esconarigia; esclarecida por la observancia de la vida monástica.

SAN MARCO Y MARCELIANO, HERMANOS, MÁRTIRES.

SAN Marco y Marceliano, hermanos gemelos, fueron hijos de Tranquilino, caballero romano, y de Marcia, señora tambien romana, ambos muy distinguidos en Roma, tanto por su noble nacimiento, como por sus muchas riquezas. Tuvieron la desgracia de ser gentiles, y la misma tenia toda la familia; pero el Señor sacó grande fruto de tan mal terreno. Por dicha de los dos hermanos los deparó el mismo Señor un ayo cristiano, que los crió en la verdadera religion, y sin que sus padres lo entendiesen llegaron á ser de los mas ardientes y mas zelosos discípulos de Jesucristo.

Aunque ambos tenian grandes deseos de conservarse en el celibato, uno y otro se vieron precisados á casarse con dos doncellas paganas. Consolábanse con la esperanza de ganarlas algun dia para Jesucristo; y antes que con las palabras las comenzaron á predicar con su virtud, con su agrado y con sus buenos ejemplos. No se ignoraba ya en su familia la religion que profesaban; y tambien se tenia muy conocida su resolucion y su constancia. Por su prudencia y por su buen modo supieron ponerse á cubierto por algun tiempo contra los crueles edictos de Diocleciano. Asistian secretamente á los fieles, animaban á los santos confesores, socorrian todas las necesidades, y no tenia límites su caridad.

Pasaban los dias en piadosos ejercicios, y creciendo su zelo conforme iba creciendo la persecucion, fueron presos por cristianos y encerrados en un calabozo subterráneo, lóbrego y hediondo. Viéndose arrestados, fué su alegría tan grande, como indecible la consternacion de toda su familia. Habia mucho tiempo que era el martirio único objeto de toda su ambicion, esperando les concederia el Señor la gracia de derramar su sangre y dar la vida por su gloria. Por el valor y por la constancia con que confesaron á Jesucristo en el tribunal del prefecto de Roma fueron condenados á azotes. Sufrieron este cruel é ignominioso suplicio con tanto valor, que hasta los mismos gentiles estaban asombrados. Acudió toda su familia á persuadirlos que obedeciesen los edictos de los emperadores, ó á lo menos que disimulasen su religion, afectando rendir algun culto á los ídolos; pero fueron inútiles sus exhortaciones. Enemiga su fervorosa fe de toda simulacion, se mantuvo siempre inalterable. Persistieron constantes en publicar á voz en grito, que la religion pagana era esa travagante, infame, abominable, y que no habia ni podi-

haber otra verdadera que la que profesaban los cristianos. Desesperado el juez de reducirlos, pronunció sentencia de que fuesen degollados.

Publicada esta sentencia, fué imponderable la afliccion de toda la familia. Arrojárse todos los parientes á los pies del prefecto de la ciudad, ó de su teniente Cromacio, suplicándole suspendiese la ejecucion por algunos dias, no desconfiando de que los vencerian, y obligarian á renunciar la fe de Cristo por conservar la vida. Movido de sus ruegos y de sus lágrimas les concedió treinta dias de término, en cuyo tiempo se prometian jugar tan bien todas las máquinas, que al fin cansarian su constancia.

Por una órden espresa, signada de mano del emperador, y firmada del prefecto, fueron entregados los dos hermanos Marco y Marceliano al alcaide mayor de la prefectura, el cual los pasó á su casa en lugar de cárcel. Aquí sufrieron los dos héroes de la religion los combates mas poderosos que podian hacer á un corazon humano el amor, el agradecimiento y la ternura. Su padre Tranquilino, su madre Marcia, sus mujeres y sus hijos, todavia tiernos y de pecho, ya juntos, ya separados, acudieron todos á combatirlos, y no perdonaron á diligencia alguna para derribarlos. Lo mismo hicieron por su parte los amigos de ambos Santos, uniendo todas sus fuerzas para abatir aquella heroica constancia. No vió el mundo ataque mas violento, ni mas dificultoso de sostener.

Presentábase Tranquilino, anciano venerable, y sentado delante de sus hijos, les mostraba aquella cabeza toda cubierta de canas, aquel semblante todo surcado de arrugas, sin hablarlos mas palabra ni acertar á esplicar la grandeza de su dolor con otra voz que con el de un torrente de lágrimas sosegadas. Su madre Marcia, desgñada y toda anegada en un descompuesto llanto, se arrojaba á sus pies, y los suplicaba que á lo menos tuviesen la piedad de quitarla la vida antes que padecer el tormento de sobrevivir á su suplicio. Resonaban en toda la casa los gritos, los llantos, los gemidos de sus dos afligidísimas mujeres, que teniendo los pequenuelos hijos en los brazos, y mostrándoselos á sus maridos, los conjuraban que tuviesen compasion de aquellas inocentes víctimas. Poníanse de rodillas delante de ellos, y los decian cuanto afectuoso, cuanto tierno, cuanto eficaz pueden inspirar el amor mas encendido y el mas penetrante dolor. Los amigos mezclaban sus lágrimas con las de los parientes y de los criados, formando todos un ataque, tanto mas fuerte, cuanto mas repetido, porque cada dia volvian á la carga. Arrastraba luto toda la familia; y aquel conjunto de llantos, de gritos, de

quejas, de gemidos y de objetos capaces de ablandar y deshacer el corazón mas insensible, era el espectáculo mas funesto y mas tentador que jamás se habia ofrecido á la vista; combato verdaderamente terrible, ora se considerasen todas las fuerzas unidas, ora viniesen al ataque separadas.

Por lo que toca á las razones de unos y otros, fácilmente las resistieron con vigor Marco y Marceliano; mas dificultad les costó pelear contra las lágrimas, y estorbar que no penetrasen hasta el corazón. Era á la verdad muy largo el término de treinta dias para sufrir cada uno de ellos tantos asaltos, y para hacer resistencia á tantas máquinas. Con efecto, como se emplearon contra los dos santos hermanos las mas poderosas armas que sabe afilar la ternura, los medios mas eficaces que puede aplicar el amor, los mas tiernos afectos que puede encender el excesivo amor de un padre y de una madre, y los mas halagüeños artificios que sabe manejar la elocuencia natural de una esposa estremadamente afligida, comenzaba á desmayar un poco su constancia; no se mostraban ya tan insensibles, y sin poderlas contener concedian algunas lágrimas á la violencia de los ataques. La tristeza del semblante y su mismo melancólico silencio daban á entender bastante que comenzaban á titubear, cuando S. Sebastian, capitán de la primera compañía de guardias del emperador, que todos los dias concurría á visitarlos, se declaró en su socorro muy á tiempo, y alentó aquellos ánimos vacilantes. «Pues qué, hermanos míos (los dijo con tanto espíritu como divina elocuencia), ya que estais casi tocando el fin de la gloriosa carrera, ¿será posible que los gritos de vuestros hijos y de vuestros parientes os hayan de hacer volver atrás con ignominia? Parece que sus lágrimas han apagado vuestro amor de Dios y vuestra fe. ¿Adónde se fué aquella cristiana magnanimidad que mostrasteis en los mayores tormentos? ¿permitireis que os arranque el laurel de la cabeza el artificioso llanto de vuestras mujeres, y el pueril de vuestros hijos? ¿sereis apóstatas por alargar algunos pocos dias mas la vida de un padre y de una madre que ya no pueden durar mucho? ¿ignorais que desde la cuna á la sepultura hay poco trecho, y desde la ancianidad á ella casi ninguno?» Y volviéndose despues á los presentes, los habló con tanta energía, con tanto ardor sobre la excelencia de nuestra religion, sobre la dicha de dar la vida en defensa de la fe de Jesucristo; hizoles un retrato tan vivo de los bienes y de los males de la vida eterna, que no solamente fortificó á los dos hermanos en su confesion, haciéndolos invencibles, sino que convirtió al alcaide Nicostrato y á su mujer Zoe, con Tranquilino, pa-

dre de los dos ilustres confesores, y con Marcia su madre.

No se puede esplicar el gozo de los dos Santos cuando vieron convertidos en discipulos de Jesucristo á los mismos que habian hecho tantos esfuerzos para que ellos lo dejasen de ser. Hizoles S. Marco un razonamiento dirigido particularmente á su padre, á su madre, á su mujer y á su cuñada, en que los exhortó á mantener constante y generosamente la fe que deseaban abrazar, sin temer cuanto el demonio podia intentar para arrancársela, despreciando, por conseguir una felicidad sin fin y sin limites, una triste caduca vida, espuesta á mil contingencias, y perenne manantial de aflicciones y de desdichas. Deshacianse en lágrimas todos los concurrentes, mezclando el dolor de su pasada ceguedad con las gracias que rendian á Dios por haberlos sacado misericordiosamente de ella; y Nicostrato protestó que no comeria ni beberia hasta haber recibido el santo bautismo.

Pasados los treinta dias llamó Cromacio á Tranquilino, y le preguntó si sus hijos se habian rendido, en fin, á sus paternas exhortaciones; pero quedó como atónito cuando le oyó decir que tambien él se habia hecho cristiano. Y por no repetir lo que ya dejamos escrito en la vida de S. Sebastian, el mismo Cromacio siguió el ejemplo de Tranquilino, siendo uno de los mas ilustres jefes que capitaneó aquella tropa con tanto triunfo de nuestra santa religion. Esta conversion facilitó la libertad de nuestros Santos, los que se quedaron en la ciudad con S. Sebastian, socorriendo á los fieles, y alentando á los confesores.

Luego que Cromacio recibió el bautismo renunció su empleo de teniente de prefecto, y habiéndole sucedido Fabiano, hombre cruel, y declarado enemigo de los cristianos, renovó la persecucion contra ellos. Mandó se le trajesen todas las causas que habia dejado pendientes, ó habia suprimido su predecesor. Fueron segunda vez arrestados Marco y Marceliano, en los cuales, como ya estaban sentenciados á muerte, y como persistian generosamente en la confesion de Jesucristo, mandó que se ejecutase al punto la sentencia. Mostró su crueldad el nuevo juez en el género de suplicio á que los condenó, poco usado singularmente con personas de su calidad. Fueron atados á un tronco los dos santos mártires, traspasándoles los pies con dos grandes clavos. Era el tormento de los mas dolorosos; pero en medio de serlo tanto, no fué capaz de debilitar su constancia, ni de suspender su alegría; mostrábanla en el semblante, y la manifestaban en los devotos cánticos con que alababan al Señor, sin otro resentimiento ni otro miedo que el que se les acabase presto el padecer. Pasaron así un dia y una noche, sin que la vehemen-

cia del dolor alterase su tranquilidad y su paciencia. Al día siguiente, no pudiendo Fabiano sufrir mas su generosa perseverancia, mandó que les quitasen la vida traspasandolos con lanzas, y espiraron pronunciando los santos nombres de Jesus y de Maria el día 18 de junio de 286. Fueron enterrados á cuatro leguas de la ciudad en un lugar que se llamaba *de las Arenas*, donde se fabricó despues un cementerio de su nombre entre la via Apia y la Ardeatina. Algun tiempo despues fueron trasladadas á Roma sus reliquias, las que estuvieron ocultas hasta el año de 1582, en el pontificado de Gregorio XIII, que se hallaron con el cuerpo de S. Tranquilino en la iglesia de S. Cosme y S. Damian.

SAN CIRIACO Y PAULA, MÁRTIRES.

Las actas de estos dos esforzados adalides del cristianismo han padecido la misma desgraciada suerte que las de tantos otros que dieron su sangre en defensa de la fe que profesaban. Los tiranos, que conocian bien que la sangre derramada por Jesucristo era una fecunda semilla que producía multiplicados los frutos, llevaban su furor hasta el empeño de pretender borrar del mundo su memoria. Por este motivo hacían esquisitas diligencias para encontrar las actas de los mártires, que paraban por lo comun en poder de los lectores de la Iglesia, y descubiertas las reducían á cenizas. Pero todas las astucias de los ministros del abismo no han podido jamás prevalecer contra los esmeros de la divina Providencia, que por modos maravillosos ha conservado la memoria de los esforzados soldados de Jesucristo. Así ha sucedido con los santos mártires Ciriaco y Paula, nobles ciudadanos de Málaga, cuya historia, deducida de varios escritos y breviarios antiguos, es como se sigue.

Los emperadores Diocleciano y Maximiano, contemplando que la seguridad de su imperio consistía en estermiar radicalmente el nombre cristiano, suscitaron una persecucion tan cruel y violenta en todas las provincias sujetas al imperio, que en el espacio de un mes dieron su vida gloriosamente por la fe diez y siete mil cristianos de todas calidades, edades y sexos; de donde se puede inferir cuan copioso é incalculable sería el número de mártires en el tiempo de diez años que duró la sangrienta persecucion. Entre todas las provincias del mundo se señaló España, tanto por la multitud de los que derramaron su sangre, como por la atrocidad de los tormentos con que fué probada su constancia. Todas las cárceles y calabozos se veían llenos de esforzados testigos de la fe; en los tribunales de los jueces se oía pu-



S. CIRIACO Y PAULA MRS

blicar con fortaleza el nombre de Jesucristo; los ídolos profanos eran despreciados y escupidos en presencia de los mismos jueces y de los verdugos en el acto mismo de tener en las manos la sangrienta espada y los garfios crueles, y toda la tierra estaba empapada de arroyos de sangre, que se ofrecia valerosamente en testimonio de la verdad. Entonces fué cuando Justa y Rufina vencieron á Diogeniano en Sevilla; Enerátides y sus nobles compañeros á Daciano en Zaragoza, cuya ciudad tuvo la gloria de que sus mártires llegasen á ser innumerables. Entonces se ilustró Toledo con el glorioso martirio de la virgen Leocadia, que despues de varios tormentos exhaló su alma purísima en los horrores de un calabozo. La noble Cómpluto fué teatro del mas tierno y admirable espectáculo que vieron los ojos de los hombres; pues en los delicados pechos de Justo y Pastor cupo la fortaleza de desafiar al tirano, yéndose á presentar desde la escuela á Daciano para afearle la crueldad con que perseguia la religion sacrosanta; y despreciando sus caricias, sus promesas y sus amenazas, ilustrar con su sangre el campo laudable. Entonces triunfaron en Córdoba del impío Dion S. Acisclo y Sta. Victoria, hermanos segun la carne, y á quienes la caridad les unió mucho mas en el martirio; y entonces, finalmente, entre otros innumerables que tuvo España padecieron en Málaga S. Ciriaco y Sta. Paula, virgen.

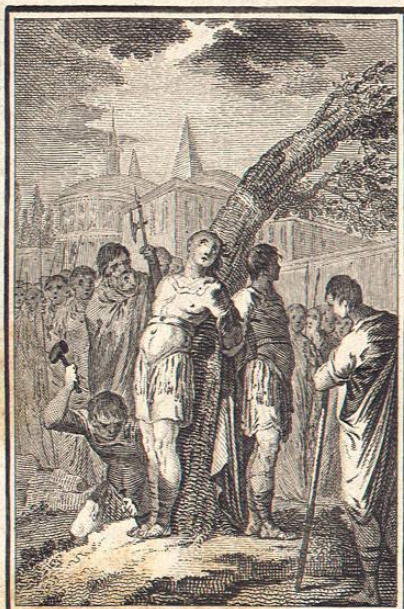
Llegó á esta ciudad el cruel perseguidor del nombre santo; y habiendo hecho las diligencias para descubrir los que seguian las banderas del Crucificado, halló que se distinguian entre ellos Ciriaco y Paula. Persuadido el inicuo juez á que haciendo en estos un horrible castigo escarmentarian los demás, y se apartarian de una creencia, que él tenia por supersticiosa, mandó prenderlos y presentarlos en su tribunal. Comparecieron los Santos, y sufrieron el interrogatorio que era de costumbre. Es creible que el interés que tenia el tirano en seducir á dos personas, cuyo ejemplo seria muy poderoso respecto de la multitud, le moviese á hacerles grandes promesas de riquezas y de honores. Pero constantes los Santos en la fe que habian profesado en el bautismo, se manifestaron invencibles á las promesas y amenazas. Viendo el juez que sus astucias no lograban el efecto premeditado, mandó atormentarlos con crueles tormentos, como dice Usuardo en su Martirologio en el dia 18 de junio. Todo el furor de los verdugos, y la dolorosa ejecucion de los tormentos, fué muy inferior á la gracia y fortaleza de que los Santos tenian provistas sus almas; y así, viendo el juez que nada aprovechaba, mandó apedrearlos, en cuyo tormento consiguieron la pal-

ma del martirio, que unió Sta. Paula á la de la virginidad. Sucedió este triunfo cerca del año de nuestra salud de 300, y en el día en que los celebra la iglesia de España. Ignórase el lugar de su martirio, y el sitio en donde fueron sepultados; pero el P. Roa dice que vertieron su sangre junto al rio Guadalmedina, en donde la multitud de piedras que se encuentran daba facilidad para la ejecucion de la sentencia. Tambien afirma el dicho escritor, que en el mismo sitio es presumible hubiese estado en lo antiguo el sepulcro de estos Santos. Funda su conjetura en una antigua tradicion que hay en aquella ciudad, de haberse visto en aquel sitio en diversos tiempos unas luces milagrosas, con que parece que el cielo queria ilustrar aquel lugar dichoso en que los santos mártires habian conseguido tan ilustre victoria. Poseida Málaga de los mahometanos, se estinguíó enteramente la noticia de su sepulcro glorioso; pero siempre conservaron los fieles la memoria de estos santos mártires, la cual resucitó por los años de 1487 en tiempo de los católicos reyes Fernando é Isabel. Estos gloriosos monarcas, deseando librar á España del yugo de los bárbaros, proyectaron la conquista de Granada, en donde tenian reconcentradas todas sus fuerzas. Estando en Córdoba haciendo los preparativos para esta grande expedicion, fué á verse con un padre del convento de jeronimos de aquella ciudad, que trataba mucho con los reyes, el santo varon Fr. Juan de Carmona. Amonestóle que dijese á la católica reina D.^a Isabel que hiciese voto de construir una iglesia en honor de los santos mártires de Málaga S. Ciriaco y Paula, y que estuviese segura de que por su intercesion les concederia Dios una victoria completa, y la conquista de la ciudad. El religioso dió inmediatamente cuenta á la reina de este importante aviso, informándola de las sublimes virtudes y santidad del religioso que se le habia dado, y asegurándola de que no podia proceder sino de superior ilustracion del cielo. La piadosa reina asintió á la propuesta; y aunque por entonces no pensaban en la conquista de Málaga, hizo el voto á los santos mártires, y enviaron allá el ejército, el cual se apoderó de la ciudad, y en su consecuencia de todo el reino de Granada. Dieron gracias á Dios por tan maravillosa victoria; y deseosos de que el pastor universal de toda la Iglesia fuese participante de sus alegrías le dieron parte de todo, y principalmente del voto que habian hecho á S. Ciriaco y Paula, á cuya proteccion se debia, no solamente la conquista de Málaga, sino la de todo el reino de Granada. El pontífice romano, que era á la sazón Inocencio VIII, despues de haber ofrecido á Dios las mas fervorosas

gracias por ver restituida la fe y la religion á su antiguo domicilio, escribió á los reyes una carta espresiva, en que los certificaba que la ciudad de Málaga habia sido consagrada con la sangre de S. Ciriaco y Sta. Paula, de la misma manera que lo habia sido Jerusalem con la del protomártir S. Estéban. Edificóse el templo en honor de estos Santos, y los malagueños los tomaron por sus patronos, celebrando su fiesta con pompa muy solemne todos los años, yendo el clero, la nobleza y el pueblo en procesion al templo de los Santos, en donde manifiesta el cielo lo grata que le es esta devocion con continuos prodigios que les dispensa.

LOS SANTOS GERMAN, PAULINO, JUSTO Y SCICIO,
MÁRTIRES.

Los gloriosos mártires S. German, Paulino, Justo y Scicio, eran naturales de un lugar del Ampurdan en el principado de Cataluña, llamado la Pera. S. German y S. Paulino tuvieron por padres á Liro y Floris; S. Justo y Scicio fueron hijos de Siro y de Gelida. Sucedió que estando Floris embarazada vió en sueños que de su vientre salia un gran fuego que alumbraba toda la tierra, y despertando refirió á su marido el sueño y la vision que habia tenido, de lo cual quedó muy maravillado. A su tiempo dió á luz la buena mujer á los bienaventurados German y Paulino, y contó la vision á otra mujer llamada Fecunda, que era cristiana. Esta inspirada del cielo interpretó el sueño, y le dijo: «Hija mia, este sueño que habeis tenido os ha sido inspirado por mi Señor Jesucristo; porque os hago saber, que estos dos hijos que teneis serán dos lumbreras de la Iglesia de Dios. Y puesto que el Señor os hace tanta merced en descubrirnos este secreto, no le seais ingrata, sino recibid el bautismo luego para que podais acompañarles en el cielo.» Pudieron tanto con Floris estas palabras, que se convirtió á la fe de Jesucristo, y pasados algunos dias murió. Muerta la madre, Liro envió sus hijos German y Paulino á casa de Gelida, tía de ellos, donde quedaron establecidos. Algun tiempo despues de este suceso, estando Gelida durmiendo, oyó una voz celestial que la llamaba por su nombre, y luego vió á su hermana Floris sobremanera hermosa y linda que le dijo: «¿Quieres, hermana, tener la belleza que ves en mí? acude al sacerdote Estéban que está no muy léjos de aqui y él te dirá lo que has de hacer para conseguir hermosura perfecta.» El lugar donde estaba entonces el siervo de Dios Estéban, se llama ahora nuestra Señora de los Angeles. Despertando Gelida y admirada de



S. MARCO Y MARCELLIANO
HERMANOS MRS.



lo que en el sueño había visto, púsose en camino sin saber adonde iba, sino que el Señor, por cuya voluntad aquellas cosas se hacían, la condujo hasta el lugar donde vivía dicho sacerdote; el cual viendo venir á Gelida, inspirado por el Espíritu Santo, entendió el motivo porque iba, y comenzó á esplicarle la vida de Jesucristo, su muerte y otros artículos de la fe. Permaneció Gelida con el santo varon por espacio de tres dias ayunando, haciendo oracion y oyendo sermones, y luego recibió el bautismo, quedando tan inflamada en el amor de Dios, que puso en olvido todas las cosas del mundo.

Liro por este tiempo, marido de la difunta Floris y cuñado de la Gelida, casó con una prima hermana de su primera mujer llamada Florencia, de la cual tuvo otros dos hijos, uno muy hermoso y otro leproso, flaco y muy desmedrado. Gelida dijo: «Hermana mia, si tú supieras el misterio que Dios ha obrado contigo, verias que tienes mas ocasion de alegrarte que de entristecerte; porque en darte Dios este hijo tan asqueroso entiende que ha querido significarte cuan sucia y asquerosa es la ley de la gentilidad que tú profesas. Y si tú quieres que alcance salud, cree en nuestro Señor Jesucristo, tú y tus hijos recibid el santo bautismo, y verás las maravillas del Señor.» Tras estas razones le refirió todo cuanto había oido y visto del sacerdote Estéban; y siendo inspirada Florencia por la gracia del Espíritu Santo, rogóla que enviase inmediatamente por el dicho sacerdote Estéban.

Vino pues el santo sacerdote á casa de Florencia, y en ella estuvo por espacio de seis meses, enseñándole la fe, y luego dió el bautismo á ella y á sus dos hijos. Quiso aquí la divina Majestad mostrar una gran maravilla, porque luego que el hijo leproso fué bautizado curó de su enfermedad. De lo cual tomó Florencia motivo de amar al Señor con mayor fervor y pidió que la dejasen oír misa. Fuéle concedido, y estando celebrándola el sacerdote, al levantar la sagrada hostia, German y Paulino vieron por los resquicios de la puerta á Jesucristo Salvador nuestro en sus manos, y luego comenzaron á dar voces, y con grande priesa entraron al aposento que les servia de iglesia, y acabada la misa, recibieron el bautismo. Despues que el ministro hubo acabado la misa y bautizado los dichos santos mancebos, estando hablando con Florencia, mientras Gelida andaba ocupada en los quehaceres domésticos, llegó su marido, y hallándola sola con aquel eclesiástico, movido de irreflexivos zelos y lleno de cólera, tomó la espada y quiso matar. Pero mostró entonces Dios su poder, pues el dicho hombre quedó allí rabiando y sin poder moverse. Entonces Gelida y Florencia se postraron delante el altar de nuestra Señora

rogando á Dios que le quisiese remediar. Acabada la oracion vieron adonde estaba Liro mostrándole á su hijo curado de la lepra y dijéronle: «Si tú crees en Jesucristo y recibes el bautismo, recobrarás la salud.» Viéndose Liro atormentado de aquella manera, dijo: «Yo creo en Jesucristo, y quiero ser bautizado;» y quedó al instante curado. Avisado de esto Estéban, acudió allí y lo bautizó.

Despues Gelida se fué á su casa con su marido Siro, el cual hallándola un dia en la cámara haciendo oracion, y entendiendo que era cristiana, tomó un cuchillo para degollarla. Pero al punto le apareció el ángel del Señor en figura de niño, con gran claridad, y echó á Siro en tierra, de tal suerte que toda la noche estuvo fuera de sí. Venida la mañana Gelida llamó á su prima Florencia y á Liro marido de ésta, y ellos entendiendo el caso pasaron á visitar á Siro, que estaba como muerto; mas despertando luego llamó á su mujer, y en presencia de todos los que allí estaban, dijo lo que había visto, y muy espantado le pidió perdon, y diciendo que queria ser cristiano, recibió el bautismo.

Los santos cuatro mancebos German, Paulino, Justo y Scicio, llegando á edad competente se aficionaron á la albañileria, entretalladura y mazoneria, en cuyas artes salieron tan aventajados, que eran muy conocidos por su superioridad. Porque de mazoneria y entretalladura hacían estatuas muy primorosas así en piedra como en madera. Muertos ya sus padres, perseveraron viviendo juntos y sin casarse, dándose todos á Dios, y merecieron tanto delante de él, que por ellos hizo muchos milagros. Entre otros aconteció que labrando una casa en el lugar dicho Ultramort, un peon de los que ayudaban al edificio, cayó y se quebró los brazos y piernas de tal suerte, que no había esperanza que viviese. Viendo los Santos al pobre hombre con tanta necesidad, acudieron luego á él, y levantándolo de la tierra, é invocando el nombre de Dios lo curaron de tal suerte, como si nunca tuviera enfermedad alguna. Acabada la obra, fueron á Flassa, y entrando en el lugar, vieron un sordo y mudo de su nacimiento, los cuales teniendo compasion de él, acercáronsele, y tocándole las orejas y lengua le dijeron: «Hombre, oye y habla, y da gracias á Dios.» Y luego el mancebo cobró el oido y la palabra, bendiciendo al Señor.

Comenzóse á divulgar la fama de este hecho por toda la villa de Flassa, y nuestros Santos queriendo huir las alabanzas de los hombres, se fueron á la villa de Monells. Llegados á ella hallaron un hombre endemoniado, é invocando el nombre de Jesu-